

# LA PUERTA DE MORANDÉ

Septiembre 2003  
Mario Waissbluth  
Revista Mensaje

Escribo esta columna con la sinrazón del corazón. Sin cálculos. Asistí al acto del Once en La Moneda, confieso que con cierta vacilación y escepticismo. Una parte de mi se preguntaba si acaso valía la pena volver a revolver las heridas, tanto en el país como en mi propia y confundida alma de ex - exiliado añoso, panzón, empresarizado y supuestamente renovado.

Por ello, mi escéptica razón quedó un poco confundida cuando a las 11 de la mañana del 30 de Septiembre del 2003, 30 años más tarde del Once, y 29 años después que fui arrestado y deportado en Pudahuel, el Presidente abrió la Puerta de Morandé, y mi corazón le ordenó a mis ojos que soltaran las lágrimas. Porqué, escéptico, porqué lloras, le preguntó mi razón a mi corazón.

Porque tenía tanto dolor guardado y oxidado en alguna parte. Porque en ese gesto, un presidente republicano, da igual cuál sea su color político, reabrió una pequeña pero muy significativa tradición democrática de este rincón del mundo y buscó cerrar un capítulo negro de nuestra historia. Porque lo hizo para todos los chilenos. También lloré porque una de las cellistas de la orquesta era la hija de los amigos exiliados que me recibieron en su casa de México, y que gateaba a mis pies. Mis lágrimas también fueron de arrepentimiento, el arrepentimiento que el sacerdote que pronunció la homilía ecuménica señaló como un requisito indispensable para la reconciliación. Lloré por muchas cosas, razón.

Arrepentimiento de qué, me preguntó la razón. De la cantidad de veces en mi vida que he sido intolerante. De eso, pues, razón, de eso. Cuando andamos todos clamando a los 4 vientos porque hay que pedir perdón, algunos lo hacemos pensando en unos pocos torturadores y asesinos, y otros los hacen pensando en unos pocos guerrilleros y en los que querían sumirnos en la violencia de la lucha de clases. La verdad es que estamos viendo la paja en el ojo ajeno, pues hay una razón mayor, por la cual la gran mayoría de los chilenos, de uno y otro bando, debiéramos arrepentirnos y pedir perdón, solitos, calladitos, mirándonos al espejo en la mañana. De nuestra intolerancia y maniqueísmo.

Los de un bando, en el fondo de nuestros sentimientos, hemos tildado a *todos* los del otro bando de asesinos y torturadores, o a lo menos, de cómplices y encubridores. A *todos*. Pero .. ¿no será posible, acaso, como me ha tocado constatar, que muchos de los Ministros y funcionarios y la mayoría de los admiradores de Pinochet sean personas sensatas, constructivas y decentes, que cometieron el humano error de no ver, o no querer ver, las atrocidades que estaban pasando? ¿Será además posible que aceptemos con humildad que muchos de ellos tenían razón, cuando afirmaban que el modelo económico de planificación centralizada no funcionaba, y que nosotros estábamos equivocados?

¿Será posible que los del otro bando acepten que, en la verdad de las verdades, porque lo viví en mis huesos, la gran mayoría de los admiradores y funcionarios y Ministros de Allende, eran y son personas constructivas y decentes, que actuaban motivadas por un auténtico deseo de justicia social, que no buscaban matar a nadie, ni la pérdida de la libertad de nadie, pero que humanamente erramos y nos equivocamos en muchas cosas? ¿Será posible que todos aceptemos que, sin querer queriendo, fuimos peones de una guerra fría que en realidad no era nuestra guerra, como tampoco era guerra la que se declaró espúreamente en Chile después del 73?

Todos hemos sido intolerantes, y nos hemos solazado en la intolerancia. Como escribió mi amigo Carlos Franz hace pocos días en este medio, los blancos y negros son cómodos. Los grises son más difíciles ... hay que explicarlos. Mejor catalogamos a todos los del otro bando con una misma etiqueta y así nos sentimos heroicos y aprobados por los de nuestro propio club de hooligans. Eso, amiga razón, se llama maniqueísmo, y ha sido el pecado de la mayoría de los chilenos, y no de unos pocos torturadores o violentistas. Mirémonos al espejo cada mañana, y preguntémonos cuántas veces en estos treinta años hemos pecado de intolerancia y maniqueísmo. En una de esas, si practicamos ese rito tan a menudo como nos lavamos los dientes, podremos hacer verdad algunos versos de la Cantata escrita por el Padre Gumucio, cantada por jóvenes que no habían nacido el 73, y cuyos acordes, el Once del 2003, se pudieron escuchar directamente desde la calle Morandé:

*Pero vino Caín y fue de noche. Cual fiera se lanzó contra su hermano.  
Pero vino Caín y fue de noche. Prefirieron los hombres la violencia.  
Y de Dios empañaron la presencia.*

*Creo que detrás de la bruma. El sol espera.  
Creo que en esta noche oscura. Duermen las estrellas.  
Creo en los ocultos volcanes. Sin ver sus fuegos.  
Creo que esta nave perdida. Llega a su puerto.*